

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, octubre de 1954

Núm. 1028

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

LA «MADONNA»

I
Sentados frente a frente la anciana marquesa de Santa Fidela y su antiguo amigo el barón de Vegaffel, acababan de saborear sus respectivas tacitas de moka y terminaban también una interesante conversación comenzada hacía largo rato.

—¿De modo, barón—decía la dama cuyo rostro revelaba una profunda preocupación—, que usted cree que el mala cabeza de mi ahijado seguirá a esa... mariposa allende los mares?

—Estoy seguro—respondió el barón que era viejecillo atildado, teñido y pulcro, de esos que se ven en sociedad en torno de las mujeres como los moscardones alrededor de las flores—José Luis está loco que se llama obsesionado por esa muchacha; la verdad es que ella es una sirena..

—Sí, sí—interrumpió la marquesa vivamente—; pero ya sabe usted, barón, que las sirenas son muy peligrosas y arrastran a los incautos al fondo del mar.

—Sin duda, marquesa, sin duda.

—¿Y cuándo cree usted que esa... mariposa debe volar?

—¡Qué espiritual es usted siempre, mi querida amiga! Yo no sé apunto cierto; pero anoche se despidió del público; fué una locura... los regalos... las ovaciones.

—Bien, bien. Yo creo, Dios me perdone, que si tuviera usted la edad de José Luis también se embarcaría tras de ella para Buenos Aires.

Y la marquesa miró burlescamente a su amigo a través de sus impertinentes de oro, mientras él hacía un ademán de resignación diciendo:

—Es usted implacable... la misma de siempre; mi querida marquesa, siempre igual.

—Pero, por lo que usted dice, veo que no hay tiempo que perder—dijo la dama tomando de un secreter recado de escribir.

Y con mano rápida estampó nerviosamente, en una esquelita timbrada, lo siguiente:

«Mi querido ahijado: Parece que vas olvidando a tu vieja madrina; esto me entristece un poquito, pues bien sabes que desde que perdí a tu buena madre, mi pobre María Luisa, todo mi cariño lo he reconcentrado en tí, en aquel bebé llorón que llevé a la pila bautismal y que hoy es un gran artista que, cegado por la gloria, ya no recuerda el camino de mi casa.

Como esto no me agrada en manera alguna, y además tengo un proyecto que quiero someter a tu aprobación, te espero esta noche a cenar, si esto no te contraría, y te daré cuenta de éste, y con ello me proporcionarás un verdadero placer.

Tu madrina que tanto te quiere,
Paulina de Santa Fidela»

Metió la esquelita en un sobre y, llamando al timbre, dijo a la doncella que se presentó: —Que lleve Juan esta carta al Círculo de Bellas Artes, para el señorito José Luis. El barón, que había seguido curiosamente

todos los movimientos de su amiga, dijo sonriendo:

—¿Es que espera usted hacerle desistir de su viaje? Me parece un poco difícil.

La dama hizo un gesto intraducible.

—¡Quién sabe!—contestó—. Lo procuraré por lo menos y echaré mano de un talismán. Si no lo consigo, María Luisa no podrá quejarse de mí, pues habré hecho cuanto estuvo en mi mano. Ahora, querido barón, perdóname si le despido: voy a descansar un ratito y a preparar mis baterías.

El barón, un poco contrariado, se levantó, besó la mano que la marquesa le tendía y se dispuso a salir.

—Una palabra aún—dijo ésta con un ademán autoritario—. Que José Luis no sepa que nos hemos visto... ¿eh?

—Por supuesto—dijo el barón haciendo un último saludo.

Y salió mientras la marquesa, levantándose a su vez, tomaba de encima del secreter una linda miniatura que representaba una dama de singular belleza.

—¡Pobre María Luisa!—dijo besándola—Tu marido no te hizo muy feliz en vida; procuraremos que, después de muerta, no siga tu hijo el mismo camino.

Y llamando al cocinero dió algunas órdenes para la cena de aquella noche.

II

Era, en verdad, un hermoso joven José Luis; y, además de la belleza que heredara de su madre, una de las más hermosas damas de su época, la corona del genio ceñía su frente y su nombre, llevado por las trompetas de la fama, había traspasado fronteras y enriquecido los más importantes museos con sus obras escultóricas; el joven artista era el niño mimado de ese mundo alegre y bullicioso, bohemia elegante, que vive entre festines sin preocuparse del mañana ni mucho menos del fin para que la Providencia divina nos ha enviado a este valle de lágrimas. En esta vida, fácil y disipada, nuestro joven escultor había tropezado con aquella estrella del mundo galante a quien llamaban «la Mariposa»: deslumbrado por su belleza y aprisionado en las redes de su coquetería, había decidido seguirla adonde quiera que ella fuese.

Así es que la cartita de su madrina le contrarió bastante; pero recordando el gran cariño que la ligara con su madre, único afecto que conservara en su alma, no se atrevió a rehusar la invitación, y a la hora conveniente llamaba a la puerta de la morada de la marquesa, correctamente vestido de etiqueta, pues sabía que ésta era esclava de las convenciones sociales.

La dama estaba sola en su saloncillo; ante ella se veían desparramados sobre una mesita algunos planos y dibujos.

José Luis besó su mano con sincera ternura; ella le atrajo hacia sí y besándole en la frente le miró fijamente a los ojos.

—Estás desmejorado, niño mío—dijo con ternura maternal—; esas ojeras... ese pliegue

entre las cejas... Eres muy joven todavía para tener ese rostro ajado. ¿Estás enfermo... o enamorado?

—Ni lo uno ni lo otro, madrina—dijo riendo el joven.

—Entonces no llevas una vida muy... así, arregladita.

José Luis sonrió.

—¡Qué cosas dice usted!—repuso—. No me creo un santo, pero tampoco un libertino.

—Me alegro—dijo formalmente la anciana como si tomara por artículo de fe las palabras de su ahijado—. Por lo menos sé que trabajas; que te han dado una medalla de honor.

—Sí; mis obras tienen gran aceptación.

—¿Y cómo se llama tu obra premiada?

—La última?... Psiquis.

—Vamos, asunto mitológico. ¿No?

—Sí; para la escultura es lo que más se presta.

—¿Y no has hecho nada religioso?

José Luis miró a su madrina con asombro.

Esta sonreía con la mayor naturalidad.

—¿Por qué me pregunta usted eso?—dijo el joven.

—Porque tengo un capricho, ¿qué quieres?

Soy tu madrina y no tengo ninguna obra tuya; ahora bien, esas estatuas paganas, muy hermesas sin duda... no caben en mi salón; soy una vieja devota y escandalizaría a mis amistades. ¿No te parece?

—En el arte sólo se mira el arte, madrina.

—Sí, sí... Eso vosotros; pero yo soy presidenta de la Liga de la Modestia Cristiana; no voy a celebrar mis juntas en un salón presidido por Venus o Apolo... Pero ya hablaremos de esto de sobremesa; llaman a cenar y tendrás buen apetito, ¿no? a tu edad se tiene siempre, a no estar enfermo.

Y tomando el brazo que su ahijado la presentaba, la marquesa le condujo al comedor.

La cena era excelente y José Luis hizo los honores a ella, lo que llenó de júbilo a su madrina.

—Pues verás, hijo mío—dijo cuando sirvieron los postres—. Yo voy siendo vieja y me cuesta trabajo bajar temprano a Misa, por lo que he decidido habilitar una capillita u oratorio en esta casa; luego te enseñaré los planos que me ha hecho un buen muchacho arquitecto a quien protejo, pues lo merece; figúrate que mantiene a su madre anciana y a una hermana viuda con siete hijos.

José Luis hizo un gesto de admiración.

—Pero—, prosiguió la dama mirando fijamente a su ahijado—yo quiero que lo principal de la capilla sea obra tuya; es decir, el altar, el sagrario y la Madonna.

La marquesa, aunque viuda de un noble español, era de origen italiano.

A estas palabras, José Luis no pudo contener un movimiento.

—Y quiero más—siguió la marquesa como si no se diera cuenta del movimiento del joven—; quiero que para mi Madonna te sirva de modelo este retrato.

Y mostró al joven, que palideció, el retrato de su madre.

—Tu madre era una santa y tan buena como bella—siguió la marquesa con voz conmovida—; mejor te servirá para modelo que los que acostumbras a copiar muy buenos para Venus o demás diosas mitológicas, pero no para la Madre de Dios. Además, hijo mío—terminó poniendo su mano en la del artista, que descansaba sobre el mantel—, así cuando pida

a la *Madonna* por tí, me parecerá que veo a tu madre sonreírme desde el cielo.

—¿Usted pide mucho por mí, querida madrina?—preguntó el joven sonriendo para reprimir la emoción que, a pesar suyo, se apoderaba de él.

—¿Y por quién voy a pedir si no?—respondió dulcemente la anciana.—Y tu madre parece que me avisa cuando debo pedir más. Hoy, por ejemplo, me parecía que te amenazaba un peligro... ¡Chocheces de vieja! ¿verdad, hijo mío? Pues, mira hasta que te ví a mi lado no recobré la tranquilidad; puedes reírte de mí, pero es la pura verdad.

—¡Pobre madrina!—dijo José Luis besando su mano.—Yo le haré su *Madonna* y trataré de copiar el rostro de mi pobre madre... aunque no es lo mismo que un modelo vivo; pero tendrá usted que esperar algunos meses... Mañana salgo para un viaje.

—¿Alguna excursión artística, algún encargo?—dijo con el más perfecto candor la dama.

A José Luis le repugnaba engañar a quien tanto amor le demostraba: hizo una señal de asentimiento sin responder palabra.

—¿Y te lo pagarán muy bien?—siguió la marquesa.

José Luis no sabía qué responder; hizo un gesto ambiguo que dió pie a la dama para replicar vivamente.

—Mira, chico, si no es más que eso y además no es un gran negocio, primero soy yo... Quiero inaugurar mi oratorio el día de las Mercedes, que era el santo de tu madre; ya sabes que nació ese día, aunque la pusieron Luisa por tu abuelo.

—Pero, madrina, falta muy poco tiempo. —Pues por eso mismo debes empezar en seguida; y en cuanto al precio...

—¡Madrina, por Dios!

—No hay madrina que valga—repuso ésta vivamente.—Si te hago perder ese negocio, justo es que lo pague. Desde mañana empiezas a trabajar en mi *Madonna*; yo iré a tu estudio a ver cómo adelanta. ¡Ah, eso me encanta!, y... se me ocurre una idea: dices que prefieres un modelo vivo..., parece que Dios me lo ha enviado a propósito: espera.

Y tocando el timbre, dijo al criado:

—Que baje Mercedesitas, —¿Quién es Mercedesitas?—preguntó asombrado José Luis.

—Un tesoro que tengo escondido; la acabo de sacar del colegio y cuando hay convidados no asiste aún a la mesa; es tu primita, huérfana de tu tío Alberto, el hermano de tu madre, y como verás, el vivo retrato de ésta.

—¿Y por qué me la ha ocultado usted pícara madrina?

—Porque es demasiado bonita, muy candorosa y tú un peligroso seductor, según dicen—dijo riendo la marquesa.

En aquel momento la puerta se abrió, y una jovencita, casi una niña, entró en el comedor.

José Luis se levantó, mirándola con curiosidad de artista que se encuentra ante una obra perfecta.

Y así era en efecto; una obra perfecta salida de las manos del Creador; una personificación admirable del candor juvenil, de la modestia y la pureza. Era un vivo retrato de la miniatura que ya conocemos, pero más bella aún, con la ventaja que va de lo vivo a lo pintado.

Hizo un saludo algo tímido y se acercó a abrazar a la marquesa, diciendo:

—¿Me llamaba usted?

—Sí, hija mía; quiero presentarte a tu primo José Luis; ese por quien tanto te digo que reces, tú que tan buena eres.

Un vivo rubor cubrió las mejillas de Mercedesitas que tendió su fina mano al joven artista con sencilla afabilidad, exenta de toda coquetería.

—¿No la crees un perfecto modelo para tu *Madonna*, en cuanto cabe a lo humano?—preguntó la marquesa en voz baja.

José Luis, pensativo, respondió:

—No creo poder encontrar otro semejante; tendrá su *Madonna*, mi querida madrina.

—Pero en seguida, ¿verdad?

—Cuando usted quiera; y espero que va a ser mi mejor obra.

La marquesa sonrió satisfecha; su talismán había dado el resultado apetecido.

III

Era la víspera de Nuestra Señora de las

Mercedes. El oratorio de la marquesa estaba terminado, y al día siguiente había de ir un Prelado, amigo de ésta, a bendecirlo.

José Luis, entre su madrina y su prima, contemplaba absorto su obra.

Blanca, hermosa, llena de suave majestad se elevaba en el altar la *Madonna* encargada por la marquesa; Mercedesitas había servido de modelo y la inspiración del artista había sabido dar a su bellissimo rostro, a su digna y modesta actitud, un sello sobrehumano que la divinizaba.

—Es tu primera obra religiosa—decía la marquesa con entusiasmo—¿Me negarás que es la mejor? ¿Me negarás que has sentido algo sobrenatural al ejecutarla?

El artista miró a su madrina y a su modelo: ésta se había alejado hasta el pie del altar y allí permanecía embelesada contemplando el sagrario, otra maravilla de bronce y mármoles por fuera, de oro esmaltado y pedrería por dentro.

—Sí, madrina—dijo el joven en voz baja.—He sentido algo sobrenatural al esculpir esa imagen... A qué lo atribuye usted, a que era el retrato de mi madre, a que quería representar a la Virgen, Madre de Dios..., o tal vez a que el modelo tomaba a veces a mis ojos proporciones sobrehumanas?... Yo no lo sé; sólo sé que cuando usted me encargó esa *Madonna*, yo tenía un proyecto loco... pero que era en mí una obsesión; la vista sólo de Mercedesitas me hizo abandonar aquel proyecto... después, en las sesiones a que usted asistía y en que hablábamos de cosas que yo tenía casi olvidadas, he comprendido que es la primera mujer que ha sabido hallar el camino de mi alma; como ésta es mi primera obra religiosa, ella es también mi primer amor puro y santo.

La marquesa escuchaba a su ahijado sin mostrar la menor sorpresa.

—Casarte con Mercedes sería mi ideal—dijo—He llegado a insinuar algo a esa querida niña; ¿pero sabes lo que me ha contestado?

El joven, sin atreverse a hablar, la interrogó con la mirada.

—Mientras José Luis no se acerque a ese sagrario a recibir a Nuestro Señor, no me hable usted de semejante cosa. Los que no participan del mismo Pan no pueden participar de dicha alguna.

José Luis bajó la cabeza.

—Gracias, madrina—dijo en voz baja.—Tiene usted razón; en Mercedes hay algo que no he encontrado hasta ahora... Su *Madonna* será mi salvación.

Bendecido el oratorio, el Prelado decía en él la primera Misa; la marquesa, Mercedes y algunos amigos íntimos, asistían a ella. En el último lugar, José Luis permanecía mudo y ensimismado.

Pero cuando el Obispo se volvió para repartir el Cuerpo de Cristo sacramentado, el joven avanzó con paso firme y los brazos cruzados sobre el pecho, arrodillándose ante el comulgatorio en actitud recogida y llena de unción.

Terminada la Misa, cuando pasaron a desayunar, la marquesa se volvió a su ahijado con el rostro radiante.

—¡Qué dichosa me has hecho, hijo mío!—dijo abrazándole.

Y volviéndose a Mercedes:

—Ya ves—añadió—el obsequio que tu primo te hace en tu día... porque supongo que en esta comunión habrá pedido por tí.

—Por tí la he hecho y por tí la he ofrecido—dijo noblemente el joven.

Un rayo de celestial alegría iluminó el bellissimo rostro de la niña.

—Dios te lo pague, primo mío—dijo dulcemente.

Un año después, ante aquel mismo altar, se unían en indisoluble lazo Mercedes y José Luis, apadrinados por la anciana marquesa y el barón de Vegafiel.

—Es usted una gran diplomática—dijo éste a su antigua amiga en un momento que quedaron solos.—Yo no hubiera dado una peseta por su triunfo.

—¡Ah, amigo mío!, es que puse el éxito de mi empresa en las manos de la Virgen y Ella no deja defraudados a quienes de corazón se entregan en sus manos—dijo sonriendo la dama.

Y volviéndose a los recién casados, que entraban en aquel momento, les atrajo hacia sí con un

movimiento lleno de ternura.

—¿Cómo le pagaré a usted, madrina, la dicha que le debo?—murmuró José Luis a su oído.

—A mí no—respondió ésta vivamente.—Al barón se lo decía ahora. A Ella, a la Madre de la misericordia es a la que todo lo debemos. Ella me inspiró a mí... y Ella habló a tu alma. Bendícela, hijo mío, y no dejes de invocarla; es Madre de Mercedes y sólo desea repartirlas entre sus hijos. Ahora bien, sus hijos debemos pedírselas con amor y confianza, como se pide a una Madre

JULIA GARCIA HERREROS

Elogio a la Mujer Madre

¿Quién no recuerda los años de la venturosa infancia? Aquellas horas tranquilas libre de angustias el alma, y el corazón de inquietudes; vuestra cabeza dejabais reposar en el regazo de una mujer abnegada, quien rebosando ternura y amor, os acariciaba: vuestras manos infantiles pequeñas, sonrosadas, estrechaba entre las suyas con efusión y con gracia, e imprimía sin rubores en vuestra frente de nácar muy dulces y castos besos con sus labios color grana.

¿No adivináis cuántas veces vuestro llanto os enjugaba, y os adormecía en sus brazos como el ángel de la guarda, entonando un villancico o una pastoril balada?

Velaba ella vuestro sueño y amorosa os arrullaba. Los que tenéis aún la dicha de ver todavía en casa a esa madre cariñosa, a esa criatura santa; la abuela de vuestros hijos, que con vuestra esposa amada forman el hogar modelo de una familia cristiana, la invocáis a todas horas con amor filial de entraña. Su excelso nombre está escrito en el corazón, cual magia y grabado lo tenéis allá dentro de vuestra alma.

El nombre solo de madre, nos representa a las claras aquella mujer sublime, la mujer siempre abnegada, en cuyo maternal seno dejábamos reposara nuestra infantil cabecita, blandamente recostada; aquella mujer querida, la que nos acariciaba, la que oprimía entre las suyas vuestras manitas rosadas; que besaba vuestra frente; que secaba vuestras lágrimas; que nos mecía en su regazo con amorosas palabras, con arrullos de canciones, el eco de una balada. ¡Dichosos en verdad sean los que aún puedan contemplarla, gozándose embelesados con su madrecita anciana!

Nosotros los que perdimos nuestra madre idolatrada, con los ojos del espíritu podremos representárnosla teniendo buen corazón, si el sentimiento nos llama. Podemos verla al ensueño de nuestra mente dorada, si nos sonríe la ventura, si la dicha nos halaga. Cuando el astro de la noche nos envía su luz pálida, tal resplandor figurémonos que es la tranquila mirada que nos tiende desde el cielo nuestra madre feliz, santa. Si arriba en el firmamento vemos nubecilla blanca sostenida en el espacio, flotando cual tenue gasa, forjémonos la ilusión ser de nuestra madre el alma, indicándonos sonriente que en el cielo nos aguarda. Si una tarde melancólica presentimos la nostalgia escuchando el campanario de una ermita solitaria, y en el valle el eco débil perdiéndose en lotananza, sin ser gorjeo de las aves, ni el rumor de fuente clara, postré-

monos de rodillas: es el aleteo que marca la oración que por nosotros nuestra madre a Dios ensalza. Si en noche apacible y tibia del estío, en noche plácida, acaricia nuestra frente una brisa tamizada, que no es brisa de los campos a través de la enramada, ni el hálito embriagador de las flores perfumadas, de placer estremecámonos: es el beso que nos manda todo pureza y ternura, cual infinita alabanza, desde el cielo donde vela nuestra madre no olvidada.

Aunque la implacable muerte sin duelo nos la arrebatara, nunca deja de existir para nosotros en nuestra alma, metida en el sentimiento y en el corazón grabada. Bendita mil veces sea la *mujer madre*, que es santa!

Por la adaptación
Moisés García Fernández

SE VENDE

Extensísima finca, situación deliciosa, propia comunidades o explotación negocio.

Informes Administración

MI CASA PARA TI

A la recepción de una imagen de Ntra. Sra. del Pilar con que fui favorecido en una rifa.

Con todo afecto, al R. P. Hospital de la Parroquia de la Milagrosa.

Yo no te llamé, Señora, y sin embargo has venido. Santiago, al verse afligido, te llamo, y en buena hora a su cita has acudido.

Y yo que no te llamé, un día te recibí con gran afecto, porque tú eras quien venía hacia mí y en mi casa te encontré.

Que ha sido doble mi suerte al adquirir el boleto, que hizo que pudiera verte en mi casa, y te prometo honrarte allí hasta mi muerte.

Que por una lotería jugada sin ilusión, en casa te recibía yo que siempre te tenía dentro de mi corazón.

Y hoy esa imagen pequeña, que en venir a mí se empeña de modo tan singular, se hizo de mi casa dueña y me bendice el hogar.

Esta presencia que goza mi casa, no necesita razón, que ella se acredita: porque te ví en Zaragoza, me devuelves la visita.

Hermenegildo Rodríguez

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Decía, pues, Jesús de Nazaret, a los judíos que creían en El:

—Si perseveráis en mi doctrina, seréis verdaderamente discípulos míos. Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

...Y la verdad os hará libres.

Efectivamente, la verdad nos libera de toda esclavitud. La mentira nos sujeta, nos ata al mundo, nos llena de ligaduras fuertes difíciles de desatar. El hombre que cree en Dios, que en El tiene una gran fé, que acata y cumple sus santos mandamientos, se considera desligado de esas otras ataduras humanas, que tan fuertemente sujetan al hombre por medio de sus pasiones y sus ambiciones, como lastre pesado de su vida.

Con la fé el hombre encontrará más llanos todos los caminos, sabrá fácilmente sobrellevar las incomodidades y contrariedades amargas de la vida. Su ánimo siempre estará dispuesto a afrontar decidido el problema que se le presente. No habrá para él, poder humano capaz de doblegar su altivez y su grandeza de espíritu. Ante la muerte misma, sabrá ser valiente. Ante la calumnia no perderá la serenidad. Sabrá dominarla y desvanecerla. Sin compromiso alguno podrá seguir la línea recta de una conducta honrada, dispuesto siempre a presentarse ante todos con la frente alta, llena de dignidad y nobleza, sin temor y con serena alegría.

¿No véis en vuestro derredor a muchos hombres, atados por miles de obligaciones fatales, creadas por la pasión, la envidia, la ambición, el egoísmo y por la claudicación de los placeres? Tal vez, aparezcan a los ojos del mundo como personas más libres, más independientes, sin lazos religiosos que les impongan un modo de vivir; pero estar seguros y el tiempo lo irá confirmando que esos... están más atados que vosotros. A su alrededor, una red, ha creado un cerco que no son capaces de deshacer. El mundo les ha impuesto un yugo que su cobarde voluntad no es capaz de destruir. Ellos no podrán hacer muchas cosas que puede hacer el hombre, poseedor de la verdad en Dios. Y lo más triste es que la hora final se acerca y no ha podido liberarse aún de tanta atadura como le sujeta para poder acercarse a Dios.

Para eso hace falta, primero, la fuerza de voluntad necesaria, entregándose a la verdad y abrazarse a ella con toda nuestra energía, que después todo será fácil porque la verdad nos habrá hecho libres.

Desgraciado de aquel que ciego a la verdad, se ha entregado voluntariamente a la esclavitud.

EL NIDO DE GOLONDRINAS

Otras lágrimas más amargas aún vertí aquel verano y no fué por cumplir con mi deber, sino por faltar a él. Había en uno de los corredores guarnecidos de parras, un nido de golondrinas que me interesaba muchísimo. Los padres iban y venían sin cesar, cebando a sus pequeños y éstos comenzaban ya a asomar sus piquitos fuera del nido. Largos ratos pasaba yo en contemplación de aquella tierna escena de familia, cuando un día se me ocurrió trabar relación más íntima con ellos. Y para lograrlo no hallé otro medio más adecuado que tomar una escoba, subirme sobre una silla y...

Ya se puede inferir lo que sucedió. Nunca pude comprender qué motivo determinante me impulsó a realizar aquella triste hazaña. Sólo puedo explicármela por una tentación del pequeño demonio de la curiosidad que existe en cada niño.

El nido se hizo migas en el suelo y aquí aparecieron esparcidos unos cuantos pajaritos desplumados, nada gratos de ver. Una criada que estaba en la habitación oyó el ruido, se asomó al corredor y dió un grito. Otra criada que estaba cerca, acudió al oír el grito y dió otro grito. Después Manola, y lo mismo Cayetano...; en fin, todo el mundo. Y por fin acudió el padre, que al ver lo que pasaba se puso rojo como si fuera a sufrir un ataque de apoplejía.

Todos me increparon a la vez furiosamente y todos en la misma forma; esto es, dirigiéndome idéntica pregunta:

—Niño, ¿por qué has hecho eso?

Yo debía estar pálido como un muerto y guardaba silencio.

—Niño, ¿por qué has hecho eso?—El mismo silencio. En realidad, aunque quisiera, no podía satisfacer su pregunta. Desde entonces he pensado que en el mundo se hacen muchas cosas malas sin saber por qué se hacen.

—¡Mirad, mirad la madre cómo contempla el destrozo!—exclamó Manola.

La golondrina, en efecto, sin miedo alguno a la gente, estaba posada sobre la baranda del corredor, casi tocando con nosotros y parecía la imagen de la desesperación.

Mi padre, que se ocupaba en recoger el nido, alzó su rostro hacia ella y en sus ojos vi temblar dos lágrimas.

No sé lo que entonces pasó por mí. Pensé que el corazón se me partía de dolor y comencé a dar tan altos gritos que todos acudieron en mi auxilio abandonando a los desvalidos pajarillos.

Por fin aquella gran ruina mejoró de aspecto. Mi padre hizo traer un cestito, lo relleno con algodón en rama y colocó en él delicadamente a los tiernos golondrinillos. Después, un criado se subió en una escala, clavó una escarpia en el techo del corredor y colgó de ella el cestito; nos ausentamos todos y pocos minutos después pudimos observar con satisfacción que los padres volvían de nuevo a cebar a sus hijos.

R.

Armando Palacio Valdés

Comentando

CANICULA

En un lugar de Castilla, de cuyo nombre no quiero acordarme, he tenido que sufrir cuatro larguísimos días de canícula. ¡Oh!, lengua, detente, y no hables mal de la canícula.) Llegamos, (éramos dos los viajeros), a las horas de la fresca tarde. Las sombras empezaban a tamizar la luz, pero eso de «la fresca tarde» es un decir. Ardía la sombra como si día fuese, y el vaho que se desprendía de las tierras peladas, saturaba el ambiente de calor insoportable.

En la Fonda del pueblo, más con honores de solemne figón que de fonda, había una habitación tenida por fresca, debido a que los rayos del sol nunca llegaban a ella. Y en esta habitación con honores de antro, oscura y solitaria, colgaba de la pared, quizás como la firma que garantizase la pureza de estilo, un termómetro. Atraído por la curiosidad, le miro: marcaba 23 grados. ¿Cuántos marcaría, pues, al sol? El experimento, era fácil de hacer. En la carretera que pasaba por delante de la fonda, había la civilización plantado unos

postes de telégrafo.

Tomando toda clase de precauciones, salí portando el termómetro, y cuidadosamente, lo apoyé en el poste del telégrafo. A los dos minutos, marcaba 48; a los tres, 50; a los tres y medio, llegaba al máximo, que eran los 52 grados, y explotaba el artefacto. A los cinco minutos, seguía el mercurio subiendo por el poste del telégrafo, y un minuto después explotaron los aisladores.

¡Caramba! con la canícula!

Había que tomar precauciones por si acaso. Y para mejor pensarlo, me encaminé con mi acompañamiento, a una taberna cercana. ¡Menos mal! Allí me encontré con una curiosidad histórica, de más valor que las famosas ruinas del magnífico castillo gótico de que se enorgullecía el pueblo. Examinado el caso, llegué a la conclusión fija y evidente, de que Anacreonte había visitado el pueblo. Por las paredes, unos versos alusivos al vino, entre los cuales había una estrofa que por lo magnífica voy a transcribir. Lástima que Anacreonte no las haya firmado, para acreditar mejor su paternidad, pero de él son, a pesar de que el metro empleado se aparta algo del usado por el poeta anunciador de los vinos. Decían así:

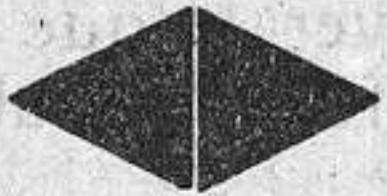
*No son muertos los hombres que reposan
en el silencio de la tumba fría.
Son muertos los que nunca beben vino
y viven todavía.*

Por esos versos daba yo todos los míos. Merecía la pena haber llegado a ese pueblo de Castilla, de cuyo nombre no me acuerdo, haber sufrido las bromas de la pesadísima canícula, haber estropeado un termómetro y haber dejado al pueblo con su castillo gótico, sí, pero sin su servicio de telégrafos, también.

Al día siguiente, salimos del pueblo en busca del fresco del verano. Al menos aquí en Gijón, entre agua y aire, pudimos vegetar bastante bien en estos últimos tiempos. Solamente echamos de menos versos como los del amigo Anacreonte.

Hero

Uno de los mejores medios para hacerse gran santo es soportar los caracteres de las personas con quienes vivís; estad seguros que así ganaréis el corazón de Dios mejor que con todas las prácticas de piedad.

Almacenes*Arbués*

Covadonga, 27

Materiales de Construcción**Material de "URTELLITA"**

Planchas, Tubería, Depósitos

Gijón

Teléfono 1817

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina
arque Infantil) Telf. 4039 - GIJONANTIGUA FUNERARIA
— DE —**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

roveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA**Vda. de Melchor Osorio**Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIBENA**J. A. M. S. A.**PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

*La***Caja de Ahorros de Asturias**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)